

MIS DOS AÑOS EN RUSIA

Hubo un "antes"

Hace ya doce años, en Setiembre de 1991, yo, fr Héctor Muñoz, sacerdote dominico argentino, estaba en San Juan como Superior de nuestro convento. Llevaba allí una vida feliz, llena de trabajo, pastoral juvenil, predicación de todo tipo, Director del Seminario diocesano de Caquetesis 'San Juan Bautista' y profesor de Liturgia en el mismo. Vicario episcopal de catequesis, Liturgia y para los Religiosos y Religiosas, escritor de numerosos libros. Mi vida estaba colmada. No se me hubiera ocurrido hacer otra cosa sino lo que estaba haciendo. En mi comunidad conventual pequeña, vivíamos tres religiosos. Además, ya tenía 56 años y uno, a esa edad, no piensa en cambiar de lugar.

Un día cayó en mis manos el Boletín IDI (Informaciones Dominicanas Internacionales). Leí entonces una Crónica que el entonces Maestro de la Orden, fr Damian Byrne había enviado a los frailes de la Orden después de un viaje a Rusia entre el 3 y el 26 de Junio de este año. ¡Lo leí con avidez! Era la primera visita a ese país, después de largos, duros y dolorosos años de incomunicación y silencio. Contó una y mil cosas que vio y escuchó. De un modo particular le impresionó la vitalidad de Religiosos y Religiosas que, de incógnito, habían vivido largos años de ostracismo, sin revelar su identidad, trabajando en los más variados oficios. Constató la existencia vigorosa de un laicado dominico vivo y activo. La última frase de la Crónica de fray Damián fue fuerte y tocante: "Además de la ayuda económica, hay una gran necesidad de personal. Pido a los miembros de nuestra Familia Dominicana que quieran trabajar en la Unión Soviética, dar a esto una prioridad. Y pido a los Superiores de todo el mundo, que animen a los hermanos y hermanas, a considerar a la Unión Soviética como un lugar privilegiado de evangelización.

Respuesta de fr Héctor

¿Qué reacción tuve ante esta 'crónica-informe-pedido'?

Por supuesto que me alegré muchísimo por los nuevos aires de libertad que se respiraban en Rusia; recé por la Iglesia en ese país; pedí muchas y santas vocaciones religiosas y sacerdotales para la Orden, en Rusia, Ucrania, Bielorusia, los países bálticos y allí donde la Orden iba a restaurarse. Pero...inada más! No hubo, por mi parte, una respuesta que me comprometiera personalmente. ¡Ni pensar en irme tan lejos, a un país con costumbres tan diversas a las nuestras. Muy pronto aunque sólo de cuando en cuando, el "bichito" de ese llamado volvía a resonar, pero con volumen muy atenuado y lo 'mataba' con prontitud, por temer a que creciera. ¡Yo era 'muy necesario' aquí. Años más tarde me di cuenta cabal de que no era "necesario ni aquí ni en Rusia. Mientras estuve en Argentina Rusia siguió viva y ahora, lejos de Moscú, Rusia ha podido vivir sin mí. Así pasaron varios años, con todo resuelto.

En 1994, yo estaba en mi nueva asignación: el Convento de Córdoba. Ya sonaba lejano y con voces casi inaudibles, el contenido de la *Crónica* de fr Damián Byrne, de 1991.

Y vuelve a caer en mis manos (¿providencialmente?) un nuevo ejemplar de IDI, con un informe de la visita que el nuevo Maestro de los Dominicos, fr Timothy Radcliffe, había realizado recientemente a Rusia.

La situación había mejorado. Fr Timothy había creado dos Vicariatos en territorio de la ex Unión Soviética: uno incluía a Bielorusia y a las Repúblicas bálticas; el segundo, a Rusia y Ucrania.

Mi reacción: ¡Qué lindo! ¡Qué bueno! ¡Qué bárbaro! Y ... punto final nada más, nada que comprometiera a otra cosa que a un órgano llamado lengua: "Bla bla bla ¡qué lindo! Blá bla bla".

En setiembre de 1995, el incansable fr Timothy, se dirigía -una vez más- a toda la Familia Dominicana, con estos términos: *"Hago un llamado a los hermanos que deseen ofrecer sus vidas para fortalecer la presencia de la Orden en estos países (los que mencioné antes). La misión es ardua y los países se ha visto afectados por la pobreza y la inestabilidad política. Sin embargo, es mucho lo que hay que hacer, sobre todo en el desarrollo de buenas relaciones ecuménicas con las otras Iglesias en comunión con Roma y con las Iglesias ortodoxas"*.

Poco más tarde, hace un nuevo pedido toda la Orden de 'voluntarios' para Rusia, y añade a ese país los del SE asiático (Corea e irse preparando para una eventual llegada a China, continental, aunque esto sea para un futuro lejano), afirmando que hace este pedido no sólo a quienes tienen abundancia de vocaciones, sino a todo, también a los que sufren pobreza de las mismas, al descubrir que hay otros más pobres que ellos.

Esto me sacudió hondamente y derribó más de una barrera en mi corazón.

El tema me quitó la tranquilidad. Soñaba con Rusia aunque nunca había puesto mis pies en ella.

¿Sería apto para lo que se esperaba de este llamado para esta misión? ¿Era una locura o un movimiento del Espíritu? ¿Podía dar una respuesta que o fuera el peor error de mi vida?

¿Qué pasos dar?

Escribí una larga carta 'oficiosa' al P. Radcliffe diciéndole qué había hecho en mi vida de fraile, mal y bien. Qué cosas nunca había hecho. Para qué me sentía capaz y lo que jamás me atrevería ni siquiera a pensar en ello. Mi estado de salud. Mi total desconocimiento del idioma ruso. Nada me quedé para mí e informé a fr Timothy todo lo referente a mi persona que pudiera ser de utilidad para su proyecto. A lo mejor él quería un 'voluntario' joven, y yo ya no lo era... Los 'voluntarios' que solicitaba para África eran para algo muy concreto: para la enseñanza de Teología y la atención espiritual de nuestros jóvenes seminaristas. Para esa misión me ofrecí, en cualquiera de las excolonias inglesas y francesas, pues al tener plena familiaridad con ambos idiomas, podía comenzar mi labor de inmediato. Eso hice...

Al poco tiempo recibo una respuesta respetuosa y llena de afecto y gratitud, pero... me dice: -Héctor: necesito con urgencia un fraile en Moscú. Mi primer grito fue: ¡Ayyy! ¿Quién me mandó meterme en esto? Cuando dejé de gritar me reí del golpe bajo que el humor inglés del P. Radcliffe me había pegado, aunque fraternalmente me decía que si su 'oferta' me sonaba demasiado terrible, volveríamos sobre lo que yo le había propuesto. Pero, después de recapacitar me di cuenta de que el único

obstáculo que frenaba mi respuesta para ir a Rusia era enfrentarme con un idioma nuevo y difícil.

A los dos meses aterrizaba en Moscú. Así fue todo. Tan complicado y tan simple. Me sentí el hombre más libre del mundo, volcando todos mis temores e inseguridades en las manos firmes de Dios. Cuando algunos amigos me preguntaban *qué iba a hacer en Rusia*, mi respuesta era siempre: -No lo sé... Lo que sí tenía seguro es *quién iba a ser*. Por las noches, comencé a soñar "en ruso".

Mis dos largos años en Moscú

Sintetizaré... La Orden compró en departamento en el centro de Moscú. Allí viví desde el 15 de Mayo de 1996 hasta Diciembre de 1998, con fr Andrzej Bielat, joven religioso sacerdote polaco. Había llegado cuatro años antes y abrió surcos para un fructífero trabajo pastoral. Por suerte para mí, balbuceaba algo de inglés. También integraba nuestra pequeña comunidad fr Frank Sutman, de los Estados Unidos, hermano fraterno, servicial y de excelente buen humor. La única pena para nosotros fue que, al poco tiempo, fue nombrado Superior de nuestra Comunidad de San Petersburgo y tuvo que dejar Moscú. Comencé con mis clases de ruso, de Lunes a Viernes, dos horas por día y pronto logré un bruto "ruso básico de cocina". Celebraba misa (en inglés) dos veces por semana (Miércoles y Jueves), a dos comunidades de la Congregación de la Madre Teresa de Calcuta. Los Domingos, al comienzo, a 120 empleados católicos de la Embajada de USA y a sus familiares. Los sábados por la tarde, en casa del P. Norman, dominico norteamericano, en inglés y francés, para fieles de esos idiomas.

Al poco tiempo se me relevó de esta responsabilidad, para celebrar en la iglesia de la Inmaculada Concepción a quince catecúmenos rusos que se preparaban para celebrar la Iniciación cristiana, acompañados por una comunidad de treinta bautizados. La preparación de esas celebraciones y de la formación de los catecúmenos, estaba a cargo del "Movimiento neocatecumenal". Yo celebraba en ruso y predicaba en inglés, francés, italiano o español, según el idioma que hablara mi acólito, sentado a mi lado. Cada dos o tres frases yo me detenía y él traducía. Esto era bastante común en Rusia, con pocos sacerdotes católicos y bastantes exrangeros.

Al mes de mi llegada a Moscú, fr Andrezj y la Hna. María Svetska, religiosa salesiana polaca me sugirieron (=me ordenaron) predicar un retiro a doce matrimonios rusos, cerca de San Petersburgo. De nada me valieron mis pataleos ni que no hablaba palabra de ruso. Usé el mismo método que para las homilías. En las charlas, hablaba dos minutos, en francés, me detenía y la Hna. María traducía al ruso. Casi me desmayo al descubrir que ocho de los matrimonios... ieran ortodoxos! Me encomendé al Señor y como él hace posibles nuestras imposibilidades, todo tuvo un final feliz.

Habría mil anécdotas de mis risas y lágrimas en Rusia. Un problema serio fue la muerte del papá de fr Andrezj en un accidente en Polonia, trabajando en el campo. Tuvo que regresar a su país pa atender a su madre, el 1º de Diciembre de 1997. Yo regresé a Argentina en Agosto de 1998, por lo que no tuve compañía durante casi nueve meses. Esto fue para mí, dramático. El bueno de fr Timothy me diría, meses más tarde: "*iOh, fr Héctor, hermano mío...! No me di cuenta, en su momento, de lo mucho que te estaba pidiendo*".

Dicen que Dios aprieta pero no ahoga, iy es verdad!.

Esos dos años me hicieron ver que nosotros somos 'millonarios': no lloramos 'de hambre' sino 'de llenos'. Aunque regresé con la salud muy deteriorada, no me quebré.

Valió la pena conocer almas tan sufridas y probadas que, sin embargo, no perdieron ni la fe ni las ganas de vivir.

Lo que me emocionó en las primeras numerosas cartas recibidas, era un dato común: que "me extrañaban y que yo les había mostrado que había un modo de vivir que hacía más feliz que el que ellos llevaban hasta se momento". Esto fue para mí un gran consuelo.